

virus hicieron la guerra á los asesinos de César y despues se la hicieron entre sí. De los asesinos del dictador se presentó en Siria Casio, donde acababa de alcanzar gran ventaja el partido de los pompeyanos en su lucha por la plaza de Apamea, contra los partidarios de César. Cecilio Baso habia muerto á Sexto César y se habia posesionado del país, dejando á L. Estacio Murco, el nuevo gobernador enviado por César, sitiado en Apamea y en situacion difícilísima, á pesar de los auxilios de varios príncipes del país fieles á la causa del dictador. En esto llegó Casio y obligó á ambos partidos, sitiadores y sitiados, á reunir sus fuerzas á las suyas; sacó de donde pudo armas y soldados é impuso á las ciudades grandísimas contribuciones extraordinarias, sin hacer caso alguno de la exencion solemne de las cargas de guerra que gozaban los judíos. Así sacó de la Judea 700 talentos de plata, que tuvo que recaudar Antípatro, empleando en esto á su familia, sus hijos y otras personas, entre ellas un cierto Malico. Herodes fué el primero que cumplió en breve con su cometido, lo que le puso en muy buen lugar en el concepto de Casio, y el autor que refiere estos sucesos dice: «Herodes juzgó prudente servir bien á los romanos para ganar su buena voluntad á costa de otros.» Así procedió tambien mas adelante. Cuando Murco salió del país con Casio, le confió éste el gobierno de toda la Celesiria. En otras partes no fué posible reunir el dinero con igual celeridad, por cuyo motivo Casio mandó vender por esclavos á los habitantes de las cuatro ciudades de Emaus, Gofna, Lida y Timna, situadas todas en el distrito de Jerusalem, y cedió otros territorios judíos á Tiro.

Cuando Casio se retiró de la Judea para dirigirse al Asia Menor estaba Hircano, segun parece, ya harto de Antípatro y de su autoridad, pues difícilmente se le puede juzgar del todo inocente de la muerte de éste, que comiendo en casa de Malico fué envenenado con vino. Malico fué nombrado inmediatamente sucesor suyo y por esto se le atribuyó despues el envenenamiento de su antecesor. Fazel, el hijo mayor de la víctima, comprendió que por el momento era prudente callar y aparentó cuidarse solo del entierro honroso de su padre; pero su hermano Herodes acudió de Galilea con fuerza armada; en el camino se apoderó de Samaria, que habia sido declarada independiente de la Judea y era á la sazón presa de disturbios interiores, y se presentó despues á la cabeza de su tropa en la ciudad santa justamente un día de fiesta. Hircano trató de disuadirle, observándole la inconveniencia de entrar en semejante día con soldados paganos y medio paganos en Jerusalem; pero Herodes entró aquella misma noche en la ciudad, lo que al parecer disgustó mucho á la poblacion. Herodes, sabiendo que Malico lamentaba la súbita muerte de su amigo Antípatro, no sin tomar medidas para la seguridad de su persona rodeándose de una fuerte guardia, creyó tambien prudente mantenerse quieto como su hermano Fazel, y hasta fingirse amigo de Malico; y desempeñó tan bien su papel, que cuando Casio hubo tomado la ciudad de Laodicea en el Asia Menor, Hircano le envió con Malico á Casio para felicitarle. Pero Herodes habia obtenido ya secretamente permiso de Casio para vengar la muerte de su padre; y cuando Malico quiso en el camino pasar á ver á su hijo que vivia en Tiro en rehenes, fué sorprendido y muerto por soldados romanos á orillas del mar. Despues se justificó esta muerte, como puede presumirse, con razones de gran peso, diciéndose que Malico habia tratado de llevarse á su hijo de Tiro y de excitar al pueblo judío á sublevarse. El mismo Hircano II, que al principio no tuvo bastantes palabras para expresar su indignacion, se tranquilizó cuando le dijeron que se habia ejecutado aquel asesinato por orden de Casio y no tuvo palabras bastantes para execrar la perversidad del infeliz Malico, cuya culpa fué quizás principalmente la del mismo

Hircano. Este es otro caso como los que presenta la historia del dominio de los Tolomeos sobre la Palestina y que comprueban la antiquísima verdad de que la esclavitud pervierte los caracteres.

Los efectos de la guerra civil romana continuaron sintiéndose en Judea. Casio habia dejado en Jerusalem soldados romanos á las órdenes de Helix, gobernando simultáneamente por disposicion de Antípatro su hijo Fazel. Por otra parte un hermano de Malico tenia ocupadas gran número de poblaciones, entre ellas la plaza fuerte de Masada. Herodes, gobernador militar de Celesiria, estaba enfermo en Damasco, cuando supo que Helix y Fazel se hacían la guerra, y probablemente fué oportuna su enfermedad para no hacer armas contra el romano Helix ni contra su hermano, si bien éste era ciertamente un gran obstáculo para su ambicion. Cuando Fazel hubo vencido á Helix y le hubo obligado á evacuar la Judea, se puso Herodes tambien en campaña y expulsó del país al hermano de Malico. Hecho esto, dió prueba de su superior talento sobre Fazel desposándose con Mariamne, que por su padre Alejandro era nieta de Aristóbulo II y por su madre Alejandra nieta de Hircano II, de suerte que en su persona podían en cierta manera reunirse los intereses encontrados de las dos ramas de la familia asmonea. Fazel estaba reñido con Hircano, el jefe legítimo del pueblo judío, y con razon, porque ya por temor á los romanos, ya por despecho de su impotencia enfrente de la familia de Antípatro, habia tomado abiertamente el partido de Helix, y habria sido natural que una vez vencido Helix, el vencedor hubiese dado una buena leccion al que le habia apoyado. Pero Hircano II era sumo sacerdote y heredero de la familia de los Asmoneos, familia cuyos hijos, si bien habian dado motivo á grandes quejas y críticas, en cambio habian contraído méritos por la independencia de Israel que no podían borrarse ya de la historia.

Herodes tenia de primeras nupcias con una judía llamada Doris un hijo llamado Antípatro como su abuelo, y creía reconciliar á Hircano II con su familia por medio de su casamiento con Mariamne, pero su desposorio con esta mujer parece haber hecho por de pronto estallar una nueva guerra que desde tiempo amenazaba descargar sobre el país. Antígono, el hijo segundo de Aristóbulo II, vivia todavía, y se alió para reconquistar la Judea con su cuñado Tolomeo Mennes, príncipe de Calcis, y con Marion, el señor de Tiro, confirmado como tal por Casio. Marion abrió la campaña invadiendo la Galilea y ocupó tres poblaciones, cuya defensa confió á tropas fenicias que dejó allí de guarnicion. Herodes acudió del Sur y expulsó al enemigo, dejando marchar las guarniciones libremente y aun repartiendo entre sus individuos algunos regalos para hacerse bienquisto de la gente de Marion. Estando ya tranquilo por aquel lado, marchó contra Antígono, á cuyas fuerzas derrotó antes que hubiesen penetrado en el territorio de Judea.

La batalla de Filipos, en el año 42 antes de J. C., hizo á Octaviano y Antonio dueños del imperio romano. Antonio se encargó del gobierno de Asia y cuando llegó de Macedonia á Bitinia, en el Norte del Asia Menor, se presentaron para felicitarle, entre otras personas, judíos distinguidos que se quejaron vivamente del estado de cosas en Judea. Eran evidentemente judíos de opiniones fariseas y especialmente disgustados de tanto movimiento político, y se valieron de esta ocasion para manifestar su disgusto con acusaciones contra Fazel y Herodes. De Hircano II solo tenían que hacer alabanzas, y esto se comprende, pues era discípulo de la escuela farisea, pero se lamentaban tambien de la impotencia de este sumo sacerdote que solo de nombre reinaba, ya que los hijos de Antípatro gobernaban en realidad. Al

quejarse de este estado de cosas no reflexionaban que la impotencia del sumo sacerdote era justamente la consecuencia de sus tendencias fariseas. Herodes, reforzando quizás sus razones con dinero, supo manejarse de suerte que Antonio ni siquiera quiso oír las acusaciones y le dispensó su confianza. Es muy probable que contribuyera mucho á ello el conocimiento de las cosas de Palestina que Antonio habia adquirido cuando 12 ó 15 años antes habia guerreado en aquel país junto con Antípatro contra Alejandro, hijo de Aristóbulo II. Era evidentemente Herodes, como antes habia sido su padre, partidario sincero de Roma, como lo probaba su conducta con Sexto César é igualmente con Casio. Verdad que por sus desposorios con Mariamne habia entrado en relaciones íntimas con la rama asmonea, enemiga del dominio romano; pero alegó con razon que este casamiento era un proyecto político, el mas á propósito para reconciliar á estos Asmoneos con la dominacion romana. Así, pues, era muy natural que Antonio viera en Herodes el instrumento que necesitaba para la realizacion de sus proyectos relativos á la Judea.

Entretanto aprovechó Antonio las ocasiones que se le ofrecían para mostrarse complaciente con los judíos. Hircano le envió tres mensajeros con una corona de oro á Efeso, á donde Antonio habia pasado desde la Bitinia, con la súplica de que remediara las injusticias hechas por Casio á los judíos. Antonio no pudo menos de acceder á la peticion como adversario de los asesinos de César, y en su consecuencia ordenó la liberacion de todos los judíos vendidos por Casio á sus subordinados, y mandó á la ciudad de Tiro que restituyera á su dueño anterior los territorios judíos que Casio le habia regalado, y se abstuviese en adelante de toda tropelia contra los judíos. Esta última disposicion se referia evidentemente á las hostilidades de Marion, el señor de Tiro, contra Herodes. Para el arreglo de otras cuestiones litigiosas prometió examinarlas á su pronto regreso de Antioquia, á donde se dirigió desde Efeso. En el camino hizo conocimiento en Tarsos con Cleopatra, la reina de Egipto, cuyo amor le fué despues tan funesto. A medida que Antonio se acercó á la Tierra Santa, crecieron los temores que los jefes del partido fariseo abrigaban acerca de las consecuencias de la buena inteligencia del general romano con Herodes. En Dafne, cerca de Antioquia, presentaron á Antonio sus quejas contra Herodes y los suyos cien notables judíos, con oradores instruidos á su cabeza. Herodes se hizo defender por un tal Mesala. El autor que nos ha conservado estas noticias no dice en qué consistieron las quejas de los judíos; pero podemos juzgar de la impresion que debieron de producir en Antonio por su manera de despedir á los quejosos. Preguntó á Hircano, el sumo sacerdote, que se hallaba presente en la audiencia, cuál de los dos partidos sabia mejor gobernar. «El de Herodes,» dijo Hircano, segun esperaba seguramente Antonio, y entonces éste nombró á Fazel y Herodes tetrarcas de Judea, encargándoles todo el gobierno; mandó prender á quince adversarios suyos y no les condenó á muerte por la intervencion prudente del partido de Herodes.

Segun el testimonio del mismo Hircano, los adversarios de Herodes no servían para gobernar, lo cual no impedía que fuesen muy considerados y tuviesen sobre el pueblo grandísima influencia; y de aquí podemos inferir que serían fariseos. Conviene tener presente que Hircano y Antípatro, cuya política seguia evidentemente su hijo, eran en tiempo de Pompeyo, y aun antes en vida de Alejandra, los prohombres de las tendencias fariseas contra Aristóbulo II. Habiendo cambiado los tiempos aparecieron Hircano y Herodes hombres políticos, y los fariseos, fieles á sus convicciones, se apartan de ellos como se retiraron en otro tiempo de los

príncipes saduceos. Esta marcha de las cosas estaba indicada desde algun tiempo por ciertas señales, porque ya se habia presentado en Damasco á Pompeyo un grupo de judíos declarando que no querían rey ninguno para su país, y los sucesos en tiempo de Pompeyo no podían hacer que el pueblo simpatizase ni siquiera con el devoto Hircano. Además ofendieron á todos los judíos de opiniones saduceas la conclusion de tratados de amistad y alianza con Roma, las guerras hechas al servicio de Roma y las muchas calamidades y desgracias que ocasionaron á la Judea las guerras civiles de Roma, de las cuales ninguna culpa tenían ni Hircano II ni los hijos de Antípatro, si bien fueron objeto de odio por cuidarse, en lugar de la religion, de la política. Muy digno de notar es que los autores de los salmos de Salomón al hablar directa ó indirectamente de aquel tiempo, nada digan de Hircano ni de su ministro idumeo ni de su partido. Este partido, rechazado por los fariseos y que por otro lado nada tenia que ver con el saduceo, no tuvo al principio nombre, y aunque mas adelante se introdujo el de «herodianos,» no se usó mucho tiempo, porque la nueva dinastía duró poco. El partido saduceo iba entonces extinguiéndose; muchos de sus adeptos habian perecido ya con Aristóbulo II y con su hijo Alejandro, y los que todavia quedaban cifraban quizás sus ilusiones en Antígono, hermano de Alejandro y derrotado por Herodes. Posteriormente los saduceos no fueron sino una secta religiosa que no admitía la resurreccion ni el desarrollo fariseo de la religion judía. Estas opiniones religiosas antifariseas habian sido y quedaron siendo la cáscara del espíritu saduceo antiguo; la sustancia, que era la política nacional bajo la dinastía de Sadoc, desapareció con los Asmoneos.

Lo que habia pasado á la diputacion farisea en Antioquia causó tanta indignacion en Judea, que al poco tiempo nada menos que mil judíos marcharon á Tiro, á donde iba á dirigirse Antonio, para quejarse á él de Fazel y de Herodes. Por ser tantos acamparon fuera de la ciudad en la playa. Cuando Antonio llegó y tuvo noticia de su presencia, dió orden de tratarlos como amotinados. Herodes é Hircano hicieron los mayores esfuerzos para evitarles un disgusto y pasaron personalmente á donde acampaban exhortándoles con ruegos á retirarse, mostrándoles el peligro á que se exponían si continuaban allí contra la orden del jefe romano; pero todo fué inútil, y al fin fueron dispersados por los soldados romanos sin consideracion alguna. Hubo algunos muertos y bastantes heridos, pero la mayoría se escapó sin mas lesion que el susto. En la ciudad de Tiro este acto brutal contra una multitud indefensa produjo una gran agitacion, y en las calles vociferó la gente contra Herodes. Entonces Antonio hizo ejecutar como instigadores del motin á los judíos que llevaba presos desde el día de la audiencia de Antioquia.

7. Los partos en Palestina.

Hacia poco tiempo que Antonio habia pasado desde Tiro á Alejandría, donde la hermosa Cleopatra le obsequió con fiestas voluptuosas, cuando Pacoro, hijo del rey de Persia Orodes I, y Labieno, á quien Casio en su tiempo habia enviado como embajador á los partos, pasaron el Eufrates con un ejército formidable de jinetes partos, tomaron á Apamea á orillas del Orontes el año 41 antes de J. C., y al año siguiente á Antioquia. Desde allí el ejército victorioso penetró hasta muy adentro del Asia Menor, y dos columnas llegaron tambien á Palestina, donde despues de los sucesos de Bitinia, Dafne y Tiro, era natural que una gran parte de los judíos viera en los partos, por lo menos al principio, unos libertadores que acudían á salvarles de sus amos romanos é idumeos. Los saduceos aprovecharon la ocasion para reconquistar su

importancia política, aniquilada por Pompeyo y su partido. Su protegido Antígono, el hijo de Aristóbulo II, á quien Pompeyo había exhibido en su triunfo y que fué despues derrotado por Herodes cuando con Marion de Tiro quiso hacerle la guerra, solicitó el auxilio del sátrapa persa Barzafernes para ocupar el trono de su padre. Poco escrupuloso debía de ser este Asmoneo saduceo en cuanto á los medios para conseguir su objeto, porque ofreció á los partos por la Judea bajo la soberanía parta, 1,000 talentos y 500 mujeres de las familias mas nobles. Pacoro se dirigió, pues, á la Judea siguiendo la costa. Sidon y Tolemaida cayeron en su poder, pero no Tiro. Entonces envió á Antígono con una columna de su caballería contra la Judea. Cerca del monte Carmelo obtuvo una victoria Antígono, á cuyo partido se pasaron muchos judíos; y sin detenerse avanzó hasta Jerusalem. En las calles de esta ciudad hubo una lucha horrorosa cerca del palacio. En él se defendieron Fazael y Herodes, los cuales consiguieron con grandes esfuerzos rechazar á los enemigos hasta el distrito sagrado y colocaron para mejor defensa soldados bien armados en las casas inmediatas; pero el populacho, entusiasmado por el recuerdo de los grandes hechos de los Asmoneos, rodeó las casas ocupadas por los defensores de sus amos idumeos, y las quemó con los que estaban dentro. Por Pentecostés del año 39 estaba en poder de Antígono toda Jerusalem, excepto el palacio real y el terreno mas inmediato. El espíritu saduceo antiguo parecia despertarse de nuevo en la poblacion, que rodeaba llena de entusiasmo á su héroe, Antígono el Asmoneo.

Hircano y Fazael se decidieron á entrar en negociaciones con el jefe parto, y habiéndoles contestado este jefe que se dirigiesen á su superior Barzafernes, lugarteniente del rey, se resolvieron á tratar personalmente con Barzafernes, desoyendo los insistentes consejos contrarios de Herodes. Hicieron el viaje escoltados por un destacamento de soldados partos, mientras Herodes continuaba vigilado estrechamente por los partos que quedaban en Jerusalem. El gobernador Barzafernes recibió á los suplicantes con amabilidad, pero los hizo vigilar disimuladamente, y cuando despues tuvo que ir á ver á Pacoro y recibir sus instrucciones, hizo poner presos á los dos huéspedes distinguidos, para estar mas seguro de ellos. Motivo tenia para decretar esta prision, pues por diferentes conductos se habian hecho á Fazael proposiciones de fuga, y entre otros le habia ofrecido buques á este fin un tal Ofelio. Para los partos la cuestion principal era evidentemente la de dinero, por lo cual estaban dispuestos á decidirse por el interesado que pagara mas, Antígono ó Fazael, y quizás pensaban sacar dinero de ambos, uno tras otro.

Herodes entretanto, cuando supo que su hermano estaba preso creyó prudente huir, y burlando la vigilancia del enemigo salió de Jerusalem con toda su familia, madre, hermana, novia, suegra, hermano menor, criados y todo cuanto pudo llevarse, y se trasladó á Idumea, es decir al Sur. Debía de ser aquel un convoy numeroso, porque cuando se juntó en Tresa, en Idumea, con su hermano José, y calcularon lo que convenia hacer, juzgó que la fortaleza de Masada, junto al mar Muerto, donde tenia intencion de establecerse, era pequeña para toda la gente que llevaba consigo. Antes de llegar á Tresa habia tenido que librar una batalla, no á los partos, sino á los judíos enemigos que le perseguian. Herodes alcanzó sobre ellos una victoria brillante. Por fin decidióse por Masada; despidió la mayor parte de su gente, mas de 9,000 hombres, y con unos 800 hombres entró en la citada plaza fuerte, la fortificó, pertrechó y aprovisionó. Arreglado todo esto, pasó á Petra (Sela), capital y residencia de Malco, rey de los árabes, con el objeto de obtener de él dinero, ya fuese por via de regalo, ya á título de préstamo para

rescatar á su hermano y conquistar para sí y su familia el dominio sobre la Judea; mas la suerte de Fazael estaba ya decidida á la sazón.

Pacoro, despues de oír á Barzafernes sobre la contienda de los pretendientes judíos, se habia decidido á favor de Antígono, probablemente porque atendida su historia pasada ofrecia mejor garantía de que no volveria jamás á ser amigo de Roma. En su consecuencia Antígono fué conducido de nuevo por los partos á la Judea, saqueada y devastada, y le fueron entregados los dos prisioneros Hircano II y Fazael. Al primero no le valió ser viejo ni tío de Antígono, el cual á fin de incapacitarle para la dignidad de sumo sacerdote, le hizo cortar las dos orejas y así mutilado se le llevaron los partos. Fazael, preso y con las manos atadas, viendo que no habia ya esperanza para él, se rompió el cráneo contra las paredes de su calabozo. Se dijo que Antígono habia mandado darle un veneno; pero esto es indiferente para el caso.

Entretanto Herodes no habia podido conseguir ni dinero ni otro auxilio alguno del rey árabe, el cual no quiso entrar con él en tratos por temor á los partos. De allí pasó Herodes á Egipto para ver en Alejandria á la reina Cleopatra. Esta procuró retenerle en su capital, pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque Herodes quiso pasar á Roma. Una tempestad terrible le obligó á quedarse en la isla de Rodas, donde mandó construir un trireme, y allí, á pesar de su situacion apurada, aprovechó su ocio forzado para dar á la ciudad de Rodas, á la cual Casio habia dejado muy mal parada, nuevas bases de prosperidad. Finalmente pudo continuar su viaje, desembarcó en Brindis y llegó á Roma, donde enteró á Antonio de los últimos sucesos de Judea; de la suerte de Hircano y de Fazael, la proclamacion de Antígono, su propia huida á Masada y sus aventuras desde allí. Antonio, como era natural, hizo por Herodes cuanto pudo, porque con la proclamacion de Antígono por rey de Judea la influencia de los partos se extendia hasta las fronteras del Egipto, y con excepcion de Tiro, estaba en sus manos toda la importante costa siria. El imperio romano habia perdido no solamente provincias valiosísimas, sino que le amenazaba un peligro formidable de la parte del Mediterráneo, el camino de Italia y de la capital, que estaba abierto delante de los partos. En vista de esto, obtuvo Antonio una resolucion del Senado nombrando á Herodes rey de Judea con los honores de costumbre. Salió, pues, Herodes de la sesion del Senado marchando entre Octaviano y Antonio, acompañado por los cónsules y demás altos funcionarios del Estado, y se dirigió al templo capitolino para tomar parte en los sacrificios, paganos por supuesto, y depositar allí los documentos relativos á su nombramiento, que tuvo efecto en el año 40 á 39 antes de J. C., correspondiente al consulado de Cneo Domicio Calvino y de Cayo Asinio Polion.

Sin perder tiempo emprendió Herodes su viaje de regreso para arrebatár á Antígono la Judea; pero antes que él llegó delante de Jerusalem el general romano Publio Ventidio, enviado por su gobierno á Siria contra los partos, y que habia pasado á Judea para auxiliar eficazmente á José, el hermano menor de Herodes, cercado en Masada. Publio Ventidio aceptó de Antígono una cantidad de dinero y se retiró de Jerusalem, dejando la continuacion de la lucha encargada á un jefe llamado Silo, con el cual se mostró Antígono muy complaciente porque esperaba que los partos le desembarazarían pronto de él.

Cuando Herodes desembarcó en Tolemaida, á falta del auxilio enérgico de los jefes de las fuerzas romanas, recibió el de los judíos, que saqueados y terriblemente esquilados por Antígono y los partos, habian olvidado su anterior rencor y acogieron con júbilo al que iba á librarles de la aflictiva

situacion en que se hallaban, como antes habian aclamado en Antígono al que intentaba librarles de Fazael y Herodes. En poco tiempo reunióse alrededor de sus pendones un ejército numeroso compuesto de judíos y de extranjeros, y en Galilea, donde conocian su gobierno de cerca, tenia ganados todos los corazones.

Dejando á Jerusalem á un lado marchó primero á socorrer á su hermano, que estaba en Masada sitiado por Antígono. En el camino apoderóse de Jafa para tener las espaldas cubiertas cuando procediera contra Jerusalem. El jefe de las fuerzas romanas en Judea, el ya citado Silo, se agregó á Herodes, como era su deber, pero los partidarios de Antígono trataron de impedir esta reunion de fuerzas y fué menester librar una batalla en la cual Silo y su tropa habrian perecido seguramente sin el enérgico auxilio de Herodes. En Judea encontró Herodes grandísimo partido, porque allí habian sido mas terribles las devastaciones de los partos y las extorsiones de Antígono. Así pudo pasar y entrar en Masada sin encontrar resistencia seria y al mismo tiempo, por medio de un atrevido golpe de mano, se apoderó de la fortaleza de Tresa, donde habia celebrado la consulta con su hermano José cuando huyó de Jerusalem.

Finalmente pasó con un ejército ya formidable á Jerusalem, donde tomó posiciones al Oeste, y antes de ordenar el asalto hizo saber á los habitantes por medio de heraldos que lo proclamaron delante de las murallas, que iba para bien de la poblacion, que no guardaria rencor á nadie y que al contrario olvidaria los daños y males que se le habian causado. Antígono por su parte entró en negociaciones con Silo y le hizo presente que no correspondia á los principios de justicia de Roma dar á un particular, que ni siquiera era judío verdadero, sino idumeo, el trono de Judea. Verdad era que él, Antígono, debía su dignidad real á los partos, es decir, á los enemigos de Roma, pero que él estaba pronto á renunciar á esta dignidad á favor de cualquier pariente suyo que fuera aceptable á Roma y que por su linaje sacerdotal tuviera segun la ley (judía) un derecho al poder real.

En estas últimas palabras, muy notables, de Antígono, á la sazón sumo sacerdote, palabras que refiere Josefo, tanto si son verdaderamente históricas como si son añadidas por aquel autor, se refleja claramente la opinion saducea de la legitimidad de la dinastía asmonea. Como descendientes de Sadoc los Asmoneos eran sumos sacerdotes legítimos; pero segun el concepto de los israelitas antiguos, no era rey el sumo sacerdote; y hasta en las Crónicas, en que se ha falseado tan singularmente la historia á favor de la ley religiosa y devota, aparece David superior á Sadoc, como antes de él Moisés es superior á Aaron. A pesar de esto existia un raciocinio basado sobre el Antiguo Testamento que justificaba en cierto modo la union de la dignidad real á la de sumo sacerdote en los Asmoneos. Ya el profeta Oseas habia visto en la eleccion de un rey por el pueblo de Israel un acto de infidelidad contra Dios, y esta idea domina en una gran parte de los escritos históricos del Antiguo Testamento, siendo, digámoslo así, el anverso de la fe en Jehova como rey de Israel. Segun el raciocinio que hemos dicho, el sumo sacerdote era el representante del rey divino é invisible; pero simultáneamente con este modo de ver existia otra opinion, que se expresaba ora en términos absolutos, ora en términos mas ó menos suaves, segun la cual el representante del único rey verdadero de Israel era el rey instituido por Dios. Los saduceos se servian de este concepto, que en rigor solo debia aplicarse á los descendientes de David, cuando convenia justificar la dignidad real de los sumos sacerdotes de la familia asmonea. Los sumos sacerdotes asmoneos, decian los saduceos, representan al rey invisible de Israel, y segun el concepto

israelita antiguo, el representante de este rey puede usar el título de rey. De esta manera, con ideas que habian adquirido desde tiempo el derecho de ciudadanía, se defendió lo que generaciones anteriores no habrian admitido, á saber: la dignidad real de los sumos sacerdotes.

Todo cuanto dijo Antígono fué inútil y al convencerse de ello él mismo, prefirió probar la suerte de las armas. Por lo pronto lo hizo con buen éxito. Sus arqueros tuvieron á los soldados de Herodes á respetable distancia de las murallas de Jerusalem, y á esto se agregó que las tropas romanas se amotinaron porque entre los partos por un lado y Antígono por otro no habian dejado el menor recurso en todo el país de Jerusalem. Además los soldados romanos pedian ser acantonados en cuarteles de invierno como estaban acostumbrados á ocuparlos en la época correspondiente. Herodes prometió hacer todo cuanto le fuera posible, y en efecto hizo cuanto pudo. Hizo llevar á Jericó provisiones de frutos (cereales), aceite, vino, ganado, etc., desde la comarca de Samaria, á fin de que no faltara á los soldados su alimento diario; mas la gente de Antígono se apoderó de Jericó y Herodes para reconquistar esta plaza tuvo que marchar contra ella con diez cohortes, cinco romanas y cinco de las suyas propias. Recuperó la ciudad, al parecer con facilidad, y concedió libre retirada con sus mujeres é hijos á los 500 hombres que se habian hecho fuertes en el castillo, y entonces cayeron sus tropas hambrientas sobre las provisiones acumuladas en la ciudad y se entregaron al saqueo. Esto hubo de producir una impresion malísima, á juzgar por el afán con que despues se atribuyó toda la culpa de los excesos que se cometieron á los soldados romanos, los cuales no obstante continuaron en su empeño de ser llevados á cuarteles de invierno. Con este objeto fueron acantonados en la Idumea al Mediodía de Jerusalem, y en las provincias de Samaria y Galilea al Norte. Silo pudo colocar una seccion de tropa en la ciudad de Lida, perteneciente á Antígono, lo que fué considerado como una traicion hecha á Herodes. Así fué que por de pronto poca ventaja pudo sacar éste de su alianza con Roma.

No pudiendo ya adelantar nada delante de Jerusalem, envió á su hermano José á Idumea, y él se dirigió á Galilea para apoderarse de estos territorios; y habiendo hecho trasladar á sus parientes desde Masada á Samaria, tomó sin dificultad durante una tempestad de nieve la importante plaza de Séforis, cuya guarnicion era insuficiente para intentar la resistencia; y como Herodes dejó partir á la guarnicion sin perseguirla á pesar de haber sido la persecucion fácil por las huellas que aquella dejaba en la nieve, se supone que contribuyó á la fácil victoria de Herodes el soborno. Entonces empezó una lucha difícilísima de guerrillas. Ya hemos visto que este recurso de los perseguidos políticos en Palestina habia sido empleado con buen resultado por David, y que Herodes al principio de su gobierno habia luchado contra cuadrillas de bandoleros, tanto que la muerte del capitán Ezequías y de su gente habia dado motivo á la comparecencia de Herodes ante el sanhedrin de Jerusalem. Esta última circunstancia hace suponer que Ezequías debia de gozar de mucha consideracion entre los judíos devotos, sin que de esto se haya de inferir que fuese adversario fariseo ni saduceo de Herodes. Esta vez los perseguidos por Herodes eran evidentemente no salteadores, sino personas que por odio ó por miedo se refugiaban en las cuevas de las montañas de Galilea. Cerca de Arbela particularmente (hoy Irbid), al Sudoeste de Magdala (hoy Migdol), al Noroeste de Tiberiade, habia cavernas profundas que desembocaban en las pendientes escarpadas y casi verticales de montañas peñascosas. Pero estos refugios, en apariencia tan seguros, no valieron á los fugitivos, porque Herodes hizo bajar desde la parte superior soldados atados á cadenas